

escudo argentino, con el sol y los laureles adamasquinados en oro. Me lo coloca en la solapa.

—Es para usted.

—Hombre, muchas gracias; sobre todo por esto, pues uno no espera encontrarse el escudo de su país en el taller de un artífice vasco, y en un pueblo perdido entre los Pirineos.

Don Agustín, que comprende su negocio, se restrega las manos, luego agrega, caviloso:

—Nosotros trabajamos bastante con Buenos Aires.

SAN JUAN DE GASTELUGATX. UN RINCÓN BRAVÍO. CUATROCIENTOS ESCALONES JUNTO AL MAR

Cuando los mayores lean esta historia, recordarán sus piráticos sueños de infancia. La silueta bucanera de la Isla del Tesoro se perfila tras el escollo de Gastelugatx.

Es un kilómetro antes de llegar al cabo Machichaco, a los 43 grados y 29 minutos de latitud septentrional y 13 grados, 54 minutos de longitud. Allí se encuentra el escollo soldado a la tierra por una muralla de gradas que remata el monasterio llamado de San Juan de Gastelugatx. En el pasado, a veces ermita, a veces refugio de bastardos alzados contra los Parientes Mayores. Un rincón bravío que los galeones soslayaban prudentemente, con el ojo de sus marinantes puesto en el vidrio del catalejo.

Se llega frente al escollo recorriendo una cornisa que bordea la cima de la montaña. De pronto, el roquedal abre una ventana que mira al cielo, un parapeto en él para apoyarse y abajo la pintura espesa del terrible Cantábrico, un triángulo de piedra con dos cavernas que abalcanan el mar y el horizonte, y un castillejo en una cúspide. Es el monasterio.

Un trozo de muralla china, trescientos noventa escalones labrados en la piedra, amarra el islote a la tierra. Trescientos noventa escalones, que me he cuidado muy bien en no subir.

Me acompaña el escritor don Luis de Villalonga, a cuyas iniciativas debo el conocer curiosos rincones vascos. El novelista me dice:

—Esta escalera la suben los que han hecho un voto de penitencia o una promesa. Marinos que salvaron la vida durante una tempestad. Algunos marchan al monasterio cargando las gavias y velámenes de sus embarcaciones. Cuando llegan a la puerta del castillo tienen los dedos desollados, las plantas sangrando. Si quiere podemos ir.

Graciosamente le respondo que me cuidaré muy bien de hacer jamás promesa semejante, y que desde ya me comprometo, con solemnísimo juramento, no subir la susodicha escalera ni descalzo ni calzado.

Desde la cornisa que festonea la cumbre de la montaña, se escucha el bramar de las aguas en las cuevas del peñón. Las cavernas trazan dos arcos negros sobre el mar; bajo sus bóvedas, el agua se toma lacio aceite violeta. El escollo fue en otros tiempos un refugio casi inexpugnable. Volteadas en las agudas pendientes yacen innumerables piedras negras; el monasterio, desde la altura, parece una caja de cartón sonrosado sobre el vértice de un triángulo cubierto.

Antes de cumplirse el siglo x, moraba allí la orden de los templarios. Luego, los caballeros desaparecieron misteriosamente y en el peñasco se aposentaron los hermanos de San Norberto, que, a su vez, también migraron un día. El monasterio en lo alto del peñasco se convirtió en guarida de piratas y pescadores de ballenas; más tarde fue refugio de bastardos alzados contra sus señores los mayorazgos. Una banda sucede a la otra, y cuando intervino doña Isabel la Católica, la primera precaución que tomó fue hacer rebajar las torres del temible islote, oradar los muros del castillo, voltear sus cubos y reedificar allí un monasterio que costó la friolera de dos mil seiscientos doce ducados.

Se cobijaron allí devotos ermitaños, y todos los años du-

rante la noche de San Juan, en la montaña iluminada por hogueras, se organizaban romerías en las cuales las muchachas de los contornos se presentaban con la cabeza ceñida de ramas de ciprés. Bebíase y se danzaba al son del *txistu* y tamboril.

Durante el año 1596, el hijo del diablo, es decir, el pirata Drake, llegó con sus hordas al castillejo, le tomó por asalto, entró a él y no descubriendo ningún tesoro, sus marineros indignados, cogieron a los barbudos monjes del cuello y por las ventanas los arrojaron al mar. Un comentarista eclesiástico afirma que Dios le castigó a Drake por esta mala acción haciéndolo morir al año siguiente, pero lo que salta a la vista es que la muerte de Drake no le devolvió la vida a los barbudos. Que se quebraron los cráneos en los roquedales que erizan el agua verde, en torno del peñón.

La mirada no se fatiga de gozar este panorama, digno de un párrafo de alguna novela de Walter Scott. El triángulo de montaña emerge del agua amenazador, el trozo de muralla china comunicándolo con tierra mediante cuatrocientos escalones, le comunica una prestancia medieval, un obispo que en su visita pastoral subió las cuatrocientas gradas, se detuvo resoplando a mitad del camino y le dijo a sus acompañantes:

—Me consta que la subida al Paraíso es mucho más fácil.

Me cuentan que en el interior del monasterio se guardan naves en miniatura, trozos de velas, cadenas de anclas: votos cumplidos de marineros vascos que prometieron que, si salvaban la vida durante una tempestad, perseverarían en su promesa.

En invierno este paraje debe ser terriblemente siniestro. La espuma de las olas salpica los muros del monasterio; enfrente se extiende el Cantábrico, salvaje y tremendo. La lluvia azota los muros de ese rincón convertido en un desierto marino, y ni una sola alma viviente pasa por allí, como no

sean las gaviotas que, aguzando extremadamente la mirada, se las ve revolotear a ras del agua, como tenues plumas que voltea el viento.

Invierno de San Juan de Gastelugatx. La estufa encendida en el fondo del refectorio, la lluvia tamborileando en los vitrales, el mar bravoso y negro abalanzando sus masas de agua, las montañas negras arriba, el viajero que no se detiene en ningún paraje piensa que éste es el más hermoso retiro que se le puede ofrecer a un hartado de los espectáculos de la vida... Luego la mirada baja, se detiene en la víbora gris de los cuatrocientos escalones... y sonriendo se sigue de largo. El tiempo, no retrocede.

OTOÑO EN SAN SEBASTIÁN

Otoño frío en el norte de España. Llovizna cruel y chubascos todos los días. Calles crepusculares en las ciudades, muchachas con botas *kotiuskas*. En el Cantábrico, la mar brava.

San Sebastián, la ciudad de los jardines, muestra en los muros de sus muchas calles, boletines meteorológicos optimistas. Se les encuentran fijados en las columnatas de piedra de los soportales, en las garitas de salvataje a la orilla del mar, junto a los bandos del gobernador, en el desembarcadero de pescadores. Las mujeres de pañoleta y cestón al brazo, leen sabihondas, y me acerco: «Las altas presiones del Atlántico han avanzado hasta Irlanda y el oeste de Francia, mientras que la depresión del centro de Europa, va hacia el este. Hay también bajas presiones en el oeste de Escocia. El tiempo ha mejorado y continuará mejorando en Guipúzcoa. La mar está moderadamente agitada. Calas a cien millas, viento del sector norte, disminuyendo a flojo. Calas del Gran Sol, viento moderado flojo de cuarto cuadrante. Calas

de Estaca de Vares, viento del sector norte, moderado. No hay aviso de tempestad a las Cofradías de Mareantes».

—Gracias a Dios que habrá sardinas —comentan las mujeres—. El tiempo mejora. No hay aviso de tempestad para los pescadores. ¡Alabado sea Neptuno!

Me paseo por San Sebastián como un hombre que lleva un traje demasiado holgado. He perdido la costumbre de caminar por calles anchas, y estas avenidas, con cestillos de flores en las columnas, excitan en mí una alegría misteriosa. El cielo en el horizonte entra por mis ojos que lo absorben ávidos, y aunque las veredas del centro están desiertas, respiro profundamente. La morralla extranjera con sus lacayos, perros de exposición, críos y niñas, se ha marchado con la música a otra parte. En los pórticos de los grandes hoteles, los porteros conversan con aislados chaufferes. Paseo junto al barandal que acornisa la playa amarilla. Han desaparecido las piernas aristocráticas. La mar está gruesa y picada. Cañonea los muros de granito, con verdosas masas de cristal espumoso, se quiebra en las rocas horadadas como termiteras y se derrama en una leche convulsa de color manzana.

La asfaltada Avenida de la República corre a lo largo del mar, austeramente abalconada entre un murallón de granito, tallado perpendicularmente con dinamita. La pizarra de la avenida traza esos frente al mar levemente sonrosado; un francés con barbita breve y las manos sumergidas en su gabán, avanza convenientemente malhumorado a lo largo del pasamanos de la avenida. Las golondrinas se entremezclan con los millares de gaviotas que chillan y revolotean entre los tremendos golpes del mar. Gozan infinitamente con las gruesas descargas de artillería acuática. Cada vez que rueda hacia los peñascos un monte de agua, las golondrinas y gaviotas revolotean, gritan, sacuden fieramente las alas, luego se posan en las rocas y miran en redor con aire de señoras que no se consideran responsables de lo acaecido.

A las diez de la mañana algunos turistas en luna de miel económica, se pasean frente al Cantábrico. Ellos, con blusas de cuero; ellas, con zapatos de nieve. Son parejitas que recordarán toda su vida el viaje a San Sebastián. Irán al cine y cuando vean aparecer San Sebastián en una película, dirán en voz alta: «San Sebastián, mira el sitio donde estuvimos».

La playa está desierta; en su amarillenta extensión curva sólo se ve a un niño jugando con un perro negro. Los islotes semejantes a cocos, asoman de la convulsionada superficie del mar, cubiertos de franjas de neblina que el viento desgarrara.

Marcho hacia el centro. A pesar de que, por momentos, llovizna, la banda municipal, en un kiosco cubierto, ejecuta su programa de música matinal. La plaza negra de vascos que vuelven de misa con sus mujeres y permanecen allí, dispuestos a oír música. Cuando llueve abren el paraguas; cuando deja de llover lo cierran, y en esta atmósfera de acuario, el forastero se pasea orondamente satisfecho. Y digo satisfecho porque uno tiene cara de forastero a la legua, y no hay muchacha bonita que no se considere obligada a mirarle a uno fijamente y a mover los ojos y la cabeza de vez en cuando, como diciendo: «¿Le gusto, forastero?».

Por la tarde, merodeo a lo largo del muelle de pescadores. Las señoras traperas juegan al mus, usando como mesas el fondo de los grandes toneles destinados al envase de sardinas. Algunas amamantan a un crío sosteniéndolo con una mano, mientras que la otra aplasta el naipe abarquillado en el periódico que le sirve de mantel.

La flotilla de traineras, cuidadosamente pintadas, flotan en el muelle, y oscilan sus mástiles acordelados. Un acordeón resuena en lo alto de un ventanillo; un pescador habla en vascuence desde su buhardilla con una mujer detenida en medio del empedrado; las señoras traperas porfían la legalidad de una jugada, sus narices de picaportes y salmo-

netes se enredan con los argumentos, mientras los puños estrujan las barajas.

Me paseo dignamente satisfecho. Confecciono pequeñas filosofías egoístas a la orilla del Cantábrico azul. Evidentemente San Sebastián es una ciudad hermosa. Vuelvo a meter la nariz por los soportales, cargo la máquina fotográfica y retrato bruscamente a las jugadoras. Cuando atinan a llevarse la mano a la cara, las he fotografiado dos veces.

Vuelvo a la playa. Los pórticos de los hoteles Londres e Inglaterra, desiertos. Un automóvil marcha hacia Trum; los cafés con toldos verdes listados de franjas anaranjadas, comienzan a poblarse de elegantes mujeres con áncoras blancas en los sueters azules, y muchachos de pantalones de fuelle. El vasco admira e imita locamente la civilización inglesa. No se encuentra un pequeño burgués que se estime medianamente a sí mismo, que no tenga prisioneros en su casa dos podencos, con los cuales le encontramos atraillándolos por la noche, mientras conversa en vascuence con un camarada de boina.

Se acerca la hora de trepar al tren que marcha a Bilbao. Paseo dignamente satisfecho. Me acuerdo de mis queridos camaradas que se divierten inmensamente en Buenos Aires, mientras que yo tengo que andar aquí por las calles de Europa. Está bien, a cada uno le llega su turno.

UNA TABERNA CADA CUARENTA Y NUEVE HABITANTES

Poco antes de entrar en Bermeo, mi acompañante extiende el brazo señalándome los cubos blancos desperdigados en un prado pirenaico:

—Éste es el Sanatorio de Locos.

Otro día, camino de Lezama, un segundo acompañante detiene el automóvil en la cima del monte, saca el brazo por

la ventanilla y señalándome en el fondo del valle la estructura de cemento armado de una jaula titánica, me dice:

—Solamente la armazón con los cimientos cuesta ocho millones de pesetas. Está destinado para sanatorio de enfermos mentales.

—¿De toda España?

—No... Únicamente para las regiones vascas.

Camino de Pedernales, un tercer acompañante me adentra en un sendero y señalándome un precioso cuerpo de edificio encristalado, me ilustra:

—Destinado para los niños débiles, raquíuticos y pretuberculosos de Vizcaya.

Otro día, antes de llegar a Gorliz, el caballero que me acompaña me dice:

—Si quiere, desviamos por aquí y llegaremos al Sanatorio de Tuberculosos de Vizcaya...

—Gracias... sigamos de largo...

Una taberna cada 49 habitantes

Recorriendo Eibar, en compañía de un obrero calificado de la fábrica de Olea, el cual ha vivido durante muchos años en Buenos Aires, me pregunta:

—Es una curiosidad: ¿Usted casualmente no ha escrito algo sobre el alcoholismo en Vizcaya?

—Absolutamente, ni una línea.

—Bueno; cuando llegue a Bilbao vaya a la Biblioteca de la Diputación y pida el folleto editado por la diputación de Vizcaya sobre «Alcoholismo». El problema es dramático. Los diarios vascos no escriben una palabra sobre el asunto; yo pertenezco al Partido Nacionalista, pero tengo que reconocer que el partido tampoco ha intentado poner remedio y las masas vascas se están envenenando lentamente con el vino.

Yo me doy una palmada en la frente. Ahora me explico los sanatorios para dementes, raquíuticos y tuberculosos.

Mi informador prosigue:

—Vizcaya produce un demente por semana; los sanatorios regionales son pequeños para contener la masa de enfermos que sobran y se envían a Santa Águeda de Valladolid y Pamplona.

Mi acompañante prosigue:

—Le mostrarán de aquí todo lo que usted pueda elogiar, pero nadie le hablará de las tabernas. Y las tabernas están destruyendo a la raza vasca. Cuando volví de Buenos Aires y llegué a Vitoria y escuché los primeros coros de trabajadores borrachos yo, que en la Argentina me había olvidado del alcoholismo, me dije: «¡Qué desgracia! ¡Cómo se conoce que estoy llegando a mí país!».

—Siga compañero.

—Aquí se bebe por hacer alarde de hombría. Al que no se emborracha se le conceptúa afeminado. Si usted entra a las tabernas, encontrará mozos de quince años completamente alcoholizados. Las muchachas van a buscar a sus novios a las tabernas para arrancarlos del mostrador. Se bebe en cantidades prodigiosas.

De vuelta a Bilbao, voy a la Biblioteca y pido el folleto editado por la Diputación de Vizcaya. Reproduzco: «Muchos Ayuntamientos forman su presupuesto a base de los Derechos del Vino».

Ahora se explica la actitud simultáneamente remisa del clero y del Partido Nacionalista vasco en afrontar el dramático problema. La provincia de Vizcaya consume anualmente 4.536.343 litros de vino, por 393.021 habitantes; es decir, más de once litros y medio por individuo. La cifra es aparentemente insignificante; pero ubica a Vizcaya en el segundo lugar de Europa entre las naciones más consumidoras de alcohol. En la provincia de Vizcaya, hallamos 2.714

establecimientos que expenden bebidas alcohólicas, lo cual hace un término medio de 151 habitantes por tabernas. Pero dicho término medio no es el porcentaje real pues examinando la larga lista del Ayuntamiento encontramos que el pueblo de Villaró, con 792 habitantes, cuenta 16 tabernas, o sea 1 por cada 49 vecinos; Gorocica, con 505 habitantes cuenta 9 tabernas, o sea 56 habitantes por tasca; Lequeirio, con una población de 4.110 habitantes, 66 tabernas, o sea una taberna cada 62 pobladores. Estas proporciones reales son aterradoras porque en el cómputo de población entran todos los habitantes de un término municipal, los que no beben, las mujeres y los niños. No hay que olvidar que las mujeres y los niños constituyen del 60 al 65 por ciento de la población anotada en los índices con cifras redondas. De manera que el índice de once litros y medio de vino por habitante se multiplica varios cientos de veces. Encuentro razón, ahora, en las palabras del obrero de Eibar, que terminó su conversación diciéndome:

—Para suprimir el alcoholismo en Vizcaya, sería necesario acordonar de tropas a los pueblos y ahorcar en un mismo día a todos los taberneros.

EL ACUARIUM DE SAN SEBASTIÁN. PRIMERA PARTE

Le llaman el Palacio del Mar. Es por dentro oscuro como un laboratorio fotográfico y está iluminado desde las cornisas por lámparas rojas y verdes.

En esta noche aparecen teñidos de luz crepuscular, los perpendiculares cuadriláteros de vidrio, en los que hierve, movediza, una fría y fosforescente vida submarina. Algunas cavernas centellean atravesadas por relámpagos de luz y burbujas de topacio. Otras, inundadas de una glacial fosforescencia interplanetaria, parecen conocer los gérmenes de creaciones futuras.

En una vitrina, un pulpo apelonado devora a otro pulpo, mientras que siete pulpos, tiesas las cabezas de caballo, semejantes a triángulos anaranjados, acechan inmóviles, asentados en sus rollos de tentáculos. Tras de los abultados ojos, saliendo y entrando, les palpitan dos cornetines rosados.

Los niños gritan de admiración al entrar al Palacio del Mar, y los adultos tienen que hacer un esfuerzo, también para no gritar.

Tras de los cristales de un metro de altura, se ahuecan las cavernas de rocas, donde circula el agua salada o dulce, destinada a las diversas especies.

Surtidores de esmeraldas espumosas irisan las altas superficies del agua, de diamantes y gemas violáceas, parecidas a bronceadas orejas de elefantes, ondulan las rayas, de corta cola rígida. Algunas variedades tienen un timón en la punta. La raya no nada en el agua, ondula su chapa de carne bronceada y asciende y desciende en su atmósfera líquida, que los ojos no se fatigan de contemplar.

Se descubre allí, la diversa calidad de peces que habitan el Cantábrico. Algunos son cintas de color lila, moteados de máculas negras; el agua verdosa no parece agua, sino atmósfera astral, en la que flota un polvillo diamantino. Sobre las rocas cenicientas, tardías, se mueven langostas. Sus largas antenas carmesíes palpan, con torpeza de ciegas, el suelo en redor; algunas, con las pinzas córneas, se limpian simultáneamente diez antenas con lentitud y precauciones infinitas; para los ojos humanos, revisten la apariencia de un infra humanidad fantasmal, encaminándose espectralmente hacia un destino ignorado. Más inciertas aún en el avance, grotescas, no terminan de caerse las groseras arañas de mar, de pesadísima caparazón térrea, y gruesas patas sonrosadas de informe articulación. En otras vitrinas habitan peces largos, de piel aleonada y cabeza de reptil; permanecen

tendidos en las piedras, en la misma postura que cocodrilo, echados los unos sobre otros, durmiendo con el globo de los ojos, cubierto de una lívida película. Parecen serpientes aletargadas.

¿Y el jardín de las anémonas? Aquí nos creemos en presencia del arbusto que se transforma, en la penumbra de un invierno infinito, en el doliente ser animal. El cubo yace inundado de crepuscular claridad, las anémonas, sunchos de pulpa blanca, o lila, o sonrosada, rematan en haces de cabellera, cuyos pedúnculos ondulan perezosamente en el agua, o se retraen contraídos por la remota voluntad. Son flores que sueñan. La vida submarina reviste aquí formas de delicadeza inconcebible. Hay ramas inorgánicas, rematadas por violáceos cardos de gasa, cuya sensibilidad tiembla en contracciones. Entre esta flora viviente, adherida a la roca por ventosas epidérmicas, se mueven insectos de cristal, transparentes al punto que se distingue la palpitación de sus órganos internos, menos vidriados. Hay pocos verdes posados en la arena amarilla, en la base de sus aletas. Son semejantes a langostas en la actitud de reposo. Se espera que den un salto con la misma torpeza. Ágil. Hay peces estúpidos, de bocas como embudos, inmóviles, de rosada y rígida herrumbre; respiran con dificultad, como si estuvieran a punto de ahogarse; hay otros achocolatados, de dos metros de largo, cimbreados y del grosor del brazo de un mulato, la piel de raso de los flancos acosturónada por una larga hilera de puntadas; se deslizan inquietos, mostrando caras de niños consternados. En otra vidriera se encuentran las actinias, humanidad misteriosa y escarlata, enclavando en la piedra sus dedos ensangrentados. Entre ellos merodean, cargando casquetes plateados, extraños moluscos de los que brotan pulpos que trepan lentamente por la piedra.

Esta prodigiosa fauna, aparece teñida de los matices más extravagantemente opuestos; algunos peces verde-manza-

na, están constelados de estrellas de hollín; a otros, la naturaleza los ha embutido en estuches de terciopelo violáceo y sus ojos son aros de oro líquido con una perla negra en el centro. Mientras unos peces duermen y parecen aletargados en el fondo de una somnolencia verde, otros ondulan infatigablemente, se proyectan nerviosos a través de su seno líquido. Una tortuga de mar se lanza atrevidamente a la superficie del cubo; al llegar a la altura, la claridad tiñe su caparazón de un resplandor de oro muerto; durante un instante los ojos permanecen deslumbrados frente a la transfiguración del quelonio en un escudo de oro, mientras que las rayas, semejantes a bronceadas orejas de elefante, con dos válvulas de admisión tras de los abultados ojos, ondulan la orla de su plato vibrante, y ya se deslizan a flor de roca para cubrir a otra raya, ya perpendicularmente ascienden en el agua, abanicándola con una suavidad tan perfecta, que las modulaciones de sus orlas sólo las puede reproducir la melodía de un violín. En la oscuridad del Palacio del Mar, la gente apoyada en las barandas, mira interminablemente.

EL ACUARIUM DE SAN SEBASTIÁN. SEGUNDA PARTE

Los dioses terribles del Palacio del Mar son los pulpos que atraen al espectador con su viscosa apariencia de habitantes interplanetarios. La humana fijeza de sus ojillos renegridos refunde en sus masas el esquema del hombre y del monstruo. No escapó a Wells, en su *Guerra de los Mundos*, este parecido singular que atribuye a los habitantes de Marte.

Tras de los lívidos cuadriláteros de cristal permanecen asentados en los roquedales semejantes a deidades viscosas; los tentáculos amontonados por la base, el huevo del cuerpo alargado como la cabeza de un caballo cuyos ojos abultados forman dos cuernecillos incipientes, tras de los que palpi-